

dicho á S. E., porque no sea esa dama la que se busca, tendria yo que sufrir algunas malas consecuencias?

—Ningunas; porque os salva antes que todo, vuestro empeño en el servicio de S. M., y porque el señor visitador tiene la misma idea que vos.

—Exactamente—agregó el visitador—y los hombres por desgracia no somos infalibles.

—Gracias, Exmo. señor; voy á trabajar con mas fe, porque V. E. me quita un enorme peso del corazon.

—Id sin cuidado—dijo el virey.

Don Baltasar se dió á averiguar adónde vivia la misteriosa prometida de Don Pedro y cómo se llamaba.

Ocurrióle dirigirse á la casa de éste y ver si le era posible cohechar á un lacayo y saber por su medio lo que deseaba.

Pasó por la casa y se detuvo enfrente; muchos criados entraban y salian, pero ninguno le daba las suficientes garantías.

Así pasó un largo rato, hasta que observó que del interior hácia la calle, se dirigia cojeando y apoyado en un grueso baston, un mendigo.

Generalmente los hombres tienen mas mala opinion de sus semejantes á medida que los ven mas miserables.

Exactamente esto sucedió á Salmeron, que apenas divisó al limosnero, que era nada menos que Don César, dijo en su interior:

—Este es mi hombre.

Don César salió á la calle y Salmeron le fué siguiendo hasta que estuvo muy retirado de la casa de Don Pedro; entonces se acercó á él, por ver si le pedia una limosna y comenzar así la conversacion.

Pero el mendigo le vió acercarse sin pedirle nada.

Salmeron anduvo á su lado provocándolo materialmente á pedirle, pero el mendigo continuó callado.

Entonces Salmeron hizo sonar el dinero que llevaba en las bolsas de sus gregüescos. El mendigo le miró y calló tambien.

—Esto es raro—dijo entre sí Don Baltasar;—quizá viene de ver á Mejía, que se ha vuelto pródigo con la boda, y le haya dado una gran limosna. Probemos otro modo.

—Oye—dijo en alta voz dirigiéndose á Don César.

—¿Qué manda su señoría?—contestó Don César quitándose con mucha humildad su viejo sombrero.

—¿Vienes de la casa de Don Pedro de Mejía?

—Allí vivo, señor.

—¿Allí vives?

—Sí, señor.

—¿Y es verdad que se casa?

—Sí, señor.

—¿Y con quién?

—No podré dar razon á su señoría, porque yo nunca subo, y vivo en un cuarto del segundo patio.

—Pero los criados te habrán dicho.....

—Me tratan muy mal, no me hacen caso.

—¿Entonces cómo sabes lo que me has dicho?

—Eso, porque todos saben que esta noche es el casamiento.

—¿Esta noche?

—Sí, señor.

—¿Y en dónde?

—Aquí en la casa.

—¿A qué hora?

—Han mandado que todos los criados estén listos á las ocho, para salir con cirios á encontrar á la novia.

—¿Estás seguro?

—Sí, señor.

—Bien, toma por la noticia.

Don Baltasar dió á Don César una moneda, y se retiró.

—¿Qué querrá decir esto?—pensaba Don César mirando la moneda:—¿será cosa del arzobispo? Creo que no; él solo se entiende con Teodoro..... en todo caso, creo que no es nada bueno para Mejía..... En fin, vamos á avisar á Teodoro, que importa que el arzobispo sepa lo que hay esta noche por acá; veremos lo que ha dispuesto y lo que hace S. S. Illma.

Y guardándose la moneda, se encaminó apresuradamente para la casa de Teodoro.....

Brillantemente iluminada la casa de Don Pedro de Mejía, anunciaba á los habitantes de la ciudad de México el segundo matrimonio del rico-home.

Los lacayos, los esclavos, los reposteros, entraban y salían; multitud de músicos llenaban el patio ó esperaban en la calle, y de un momento á otro debía salir la novia de su casa para presentarse en la de Don Pedro, que debía recibirla en la puerta de la calle.

Por un exceso de lujo y de ostentacion muy comun en aquellos tiempos, todo el camino que de su habitacion á la casa de Mejía debía recorrer la desposada, por la calle y por los patios de una y otra casa, se habia embaldosado, por decirlo así, con barras de plata que formaban una via como de tres varas de ancho.

Aquella ostentacion, que en nuestros dias hubiera parecido locura, era, sin embargo, la costumbre de los potentados de México en los primeros siglos de la dominacion española.

Doña Estela, como se habia hecho llamar Doña Catalina, dió aviso de que iba ya á salir, y entonces, como formándole una valla militar, dos hileras de lacayos, soberbiamente vestidos y con gruesas hachas de cera, se colocaron á los lados de la via de plata dispuesta para que pasasen la novia y la comitiva.

Todas las músicas sonaron, los cohetes poblaron el espacio iluminando verdaderamente gran parte de la ciudad, y Doña Catalina, vestida de blanco y cubierta con un velo, atravesó la calle en medio de gritos y aclamaciones.

Don Alonso de Rivera le daba el brazo, en el que Catalina se apoyaba desfallecida, no por la emocion, sino por el orgullo.

—Os he cumplido mi palabra—decia por lo bajo Don Alonso:—¿estais satisfecha?

—Sois un hombre adorable—contestó Catalina;—pero aun tiemblo, y no estaré segura hasta que haya pasado la ceremonia.

—Teneis tanta fortuna, hermosa mia, que todo saldrá segun vuestros deseos, y á fé que estais tan bella, que comienzo á sentir celos de Don Pedro.

—Ingrato!—contestó Catalina con una sonrisa hechicera.

Mejía estaba ya en el zaguan de su casa, y ofreció á Catalina su mano para entrar á ella y para subir las escaleras.

Al llegar al salon Catalina apartó el velo de su rostro, y la concurrencia lanzó un grito de admiracion.

Aquella no era una mujer, era un arcángel; sus ojos alumbraban como el sol, y habia en ellos tanta dulzura, tanta modestia, que hubiera sido necesario no verla para no amarla: desde lejos parecia percibirse el aroma de su aliento, y la blanca luz de las bujías resbalaba sobre su

frente tersa y bella, como orgullosa de poder bañar aquellas formas encantadoras.

Un sacerdote revestido salió de una de las piezas interiores; Don Pedro se puso al lado de Catalina, y Don Alonso de Rivera y la madre de la jóven desposada, tomaron sus respectivas colocaciones como padrinos en aquella ceremonia.

Doña Catalina, componiendo la falda de su trage, tocó la mano de Don Alonso y se la estrechó convulsivamente; Don Alonso correspondió. Aquello queria decir:

—Llegó el momento.

—Triunfamos.

En medio del mayor silencio y del mas completo recogimiento, Don Pedro y Doña Catalina pronunciaron los votos que debian unirlos para toda su vida. El sacerdote habia echado su bendicion sobre aquellas manos enlazadas y trémulas, cuando la gran puerta del salon en que se celebraba la ceremonia, se abrió con gran estrépito, y rompiendo por en medio de la asombrada concurrencia, llegó hasta donde los novios estaban, el Illmo. señor Don Juan Perez de la Cerna, arzobispo de México, seguido de una gran comitiva y llevando de la mano á una negra miserablemente vestida y que le seguia, riendo como una insensata.

—En nombre de la Iglesia que represento y de nuestra sagrada religion, suspéndase este matrimonio, que no puede llevarse á efecto.

El asombro se pintó en todos los semblantes, y el mismo Don Pedro no se atrevió á hablar; solo el sacerdote que habia dado la bendicion tomó la palabra.

—Debo informar á S. S. Illma.—dijo con tono solemne—que la ceremonia ha terminado, que el matrimonio es ya legitimo y rato.

—¡Don Pedro de Mejía!—exclamó el arzobispo alzando la voz y tomando el aire mas religiosamente trágico que le fué posible—habeis contraido segundo matrimonio viviendo aún vuestra primera mujer; habeis engañado á una jóven hermosa y pura para arrastrarla al altar cegándola con el esplendor de vuestras riquezas, en tanto que teneis arrojada á la miseria y al desprecio á vuestra legitima esposa, á quien habeis por artes reprobados y mágicos, hecho perder su natural figura y su inteligencia, convirtiéndola de una mujer bella en una negra estúpida. Don Pedro de Mejía, aquí teneis á vuestra verdadera mujer, á la mujer á quien os dió la Iglesia, y vos la habeis arrojado contra toda ley y derecho; recogedla en nombre de la religion y del derecho.

Y tomando el arzobispo de la mano á la negra, la colocó violentamente en medio del círculo que formaban los concurrentes.

Doña Catalina lanzó un grito y se cubrió el rostro con ambas manos. Don Pedro, con los cabellos erizados, dió un paso atrás como si hubiera visto una serpiente, y la negra mirando por todos lados, rió estúpidamente.

Antes que pudieran volver en sí de su sorpresa los autores de esta escena, antes que bajase la mano el arzobispo, que tenia alzada con un ademan amenazador, un nuevo rumor se percibió en la entrada del salon, y volvió á oscilar el concurso y á separarse para dar paso á nuevos personajes.

Un alcalde de la Audiencia, seguido de escribanos, alguaciles, curiosos, y con farolillos y varas, penetraron en el salon y se detuvieron en el centro al lado del arzobispo, que se mostraba entonces tan admirado como los demás.

—¿Quién es—dijo el alcalde—la madre de la nueva esposa de Don Pedro de Mejía?

—Yo—dijo la madre de Catalina adelantándose.

—Dese presa á S. M. y sígame—dijo el alcalde tomándola una mano para llevársela.

—¿Presa por qué?—exclamó ella.

—De orden del virey.

Doña Catalina se arrojó en sus brazos como para impedir que se la llevasen, y todos los demás permanecieron inmóviles y en silencio.

—Señora—dijo el alcalde—vamos, seguidme, y no me obligueis á usar de la fuerza.

—¡Yo quiero ir con mi madre!—gritaba Catalina.

—Señora, es imposible.

—¡Dejadla, dejadla!—exclamaba Catalina arrodillándose á los piés del alcalde:—¡por Dios, señor alcalde! ¿adónde llevais á mi madre?

—Señores—dijo el alcalde—no hay entre vosotros uno que contenga á esta señora, para que no impida el cumplimiento de una orden de la justicia, y vaya á tener que sufrir un desaire ó una tropelía?

Don Alonso, pálido como un cadáver, salió de entre el concurso y levantó á Catalina, medio desmayada del terror.

El alcalde saludó, y salió llevándose á la vieja entre los alguaciles.

Por un largo rato nadie interrumpió el silencio, hasta que al fin dirigiéndose á Don Pedro y á Catalina, que lloraba amargamente, dijo el arzobispo mostrando á la negra, que no daba indicio de comprender lo que acontecía:

—No pueden quedar bajo el mismo techo la mujer legítima y la concubina; y esa dama, señor Don Pedro de Mejía, estando aquí vuestra esposa, es vuestra concubina y debe salir de aquí, ¿lo oís? la religion lo manda.

—Tiene razon—dijo con fiereza Doña Catalina.

Y tomándose del brazo de Don Alonso, salió del salon.

—Don Pedro de Mejía—dijo el arzobispo—os vuelvo al buen sendero, os entrego á vuestra esposa; arrepentíos y haced penitencia, y que Dios os vuelva á su santa gracia.

Y presentando de nuevo la negra á Don Pedro, salió con toda su comitiva.

Los convidados quedaron agrupados en el fondo del salon contemplando la escena que se representaba en el estrado; Don Pedro con la cabeza inclinada y la mirada fija, y la negra sentada en un sitial con su estúpida y eterna sonrisa.

de Don Alonso á una cámara en la que no habia mas luz que la que desprendiéndose de los balcones de las azoteas de la casa de Don Pedro, penetraba allí tambien por los balcones.

Con esta incierta claridad, percibió Doña Catalina un sitial, y se arrojó en él triste y desalentada.

Desde aquella cámara podian al través de las cortinas de la casa de Mejía, verse las sombras de los que habia en la sala; pero aquellas sombras parecian corresponder á cuerpos inanimados, porque no se movian.

Don Alonso no quiso turbar el silencio; temió que una sola palabra hiciera estallar la tormenta; salió dejando un momento á Doña Catalina para subir una luz, y encendió una bujía de cera.

Entonces pudo advertir la profunda emocion que se pintaba en el rostro de la jóven; el tenaz fruncimiento de su entrecejo, el brillo siniestro de sus ojos, sus labios apretados y la palidez de sus mejillas, indicaban mas que el dolor, el odio y la indignacion reconcentrados.

Se escucharon pasos precipitados en el corredor, y Don Pedro de Mejía con el traje en desórden, pálido y jadeante de ira, se presentó delante de Catalina.

—¡Estela!—exclamó llegando á su lado—Estela, ¿por qué me abandonas?

Catalina se levantó severa y sin inmutarse, como una estatua de mármol que se moviera repentinamente; y fria y grave, con un acento sordo pero pausado, dijo arrojando sobre Don Pedro una mirada indefinible, en la que iban mezclados el odio y el desprecio:

—Salid de mi casa, porque sois indigno de estar aquí.

Y con un ademan soberbiamente imperioso le señaló la puerta.

VII.

En el que sigue la materia del que le antecede.

AN largo rato trascurrió sin que Don Pedro se moviera, y nadie osaba hablar.

De repente levantó el rostro, sacudió la cabeza y se lanzó á la calle: ninguno pensó en detenerle ni en seguirle.

Doña Catalina, apoyada en el brazo de Don Alonso de Rivera, habia atravesado sombría y silenciosa la calle que una hora antes cruzó llena de orgullo y de ilusiones. El rico panorama que le habia pintado su ambicion, desapareció como por encanto: se encontraba sola, abatida, avergonzada, sin mas apoyo que Don Alonso, y lo que era mas terrible aún para su vanidad, arrojada como una concubina por el arzobispo, de una casa de la que ya se creia señora; teniendo que inclinar su frente delante de la esposa que volvía al hogar con todos los derechos que la ley y la religion le daban, y esta esposa era una negra miserable, cubierta de harapos.

Estas ideas como una tempestad se chocaban y se confundian en el cerebro de Doña Catalina: llegó á su casa y la encontró sola; todos los criados se habian ido á la de Don Pedro, y solo el portero estaba allí para abrirle.

Subió casi á oscuras la escalera, y se entró acompañada

—¡Estela!—exclamó Don Pedro fuera de sí—¡Estela!
¡Soy víctima de un cosa horrible que no comprendo.....

—Salid—repitió Catalina—salid, mal caballero, que me habeis dejado arrojar de vuestra casa como á una vil manceba: salid, ó me obligais á retirarme.

—¡Por Dios, Estela, escuchadme!

—Señor Don Alonso de Rivera—dijo Catalina—¿es tanta mi desgracia que no me queda un criado que ponga en la calle á este miserable?

—¡Oh!—rugió Don Pedro—¡Estela, Estela, esto es demasiado!

—Señor Don Alonso, hacedme, si sois caballero, la gracia de arrojar de mi casa ese hombre; ¿ó tendrá una dama que encerrarse, teniendo en su casa á un hidalgo, para verse libre de los atrevimientos de un villano?

Don Pedro se llevó las manos á los cabellos, dió un grito salvaje y se lanzó á la calle.

Entonces Don Alonso creyó que á él debía acompañar. Don Pedro volvió á su casa; toda la concurrencia se retiraba, y él cruzó entre los caballeros y las damas que salían, sin dirigirles siquiera una mirada.

En uno de los tramos de la escalera y por donde habia mas gente, Don Pedro oyó una voz que le dijo:

—Todo esto se lo debes á Don Alonso de Rivera.

Don Pedro y Don Alonso, que le seguia de cerca, volvieron el rostro para buscar quién habia pronunciado aquellas palabras, pero no pudieron lograrlo; entre aquel grupo bajaba el pobre Lázaro con el vestido de gala que le habia regalado el mayordomo; pero nadie paraba la atención en él.

Mejía llegó al salon; la negra permanecia aún allí en el mismo sitio y en la misma postura.

Don Pedro y Don Alonso se pararon á contemplarla.

De repente Don Alonso se adelantó á ella, le tomó una mano, y volviéndose á Mejía, le dijo con el tono de la mas profunda conviccion:

—Aquí hay una trama horrible; esta mujer no es Luisa.

—¿No es Luisa?—exclamó Mejía.

—Podria yo jurarlo.

—Entonces ¿quién es? ¿por qué ha venido aquí? ¿por qué la presenta como mi mujer ese arzobispo que Dios confunda?

—Oculta todo esto un misterio tenebroso; pero tened entendido, Don Pedro, que sois víctima de una cruel maquinacion.

—¿Pero cómo probarlo? ¿cómo encontrar la luz? ¡Me vuelvo loco!

—Valor, Don Pedro, lucharemos; aun no se ha perdido todo.

—¿Y Estela? Estela, que me desprecia, que me odia, que me ha lanzado á la calle como un villano!

—Dejad que pase su indignacion; yo trataré de calmarla: fiad en mí.

—¡Oh, gracias, gracias, Don Alonso, sois mi único amigo!

—Pero es fuerza luchar, es fuerza; teneis algun enemigo poderoso, astuto, que os sigue, que os acecha, que espía vuestra vida para heriros en lo mas noble cuando menos lo esperais; recordad el dia de vuestra boda con Luisa.....

—Pero vos, ¿qué pensais? ¿qué me aconsejais para desprenderme de esta horrible negra con quien se quiere encadenar mi existencia?

—¿Recordais—dijo Don Alonso como herido por la luz de una idea repentina—recordais quién preparó el castigo de Luisa?

—Sí; Don José de Abalabide.

—¿Que vive?

—Sí que vive.

—Pues bien, es necesario ver si por medio de su ciencia, podemos probar que esta mujer es negra de nacimiento y que no puede ser la misma Luisa.

—Sí, sí, me salvais, amigo mio, me salvais.

—Entonces, poned un correo ahora, en este instante, á Don Carlos de Arellano.

—Debe estar en México, yo mismo voy á verle: encerrad vos entretanto á esta mujer en donde nadie la vea, y disponed que alguien vaya á acompañar á Estela, que debe estar sola.

Y Don Pedro tomó precipitadamente una capa y su sombrero, se ciñó una espada y se salió á la calle.

Don Alonso se puso de pié delante de la negra y comenzó á examinarla detenidamente.

Detrás de Don Pedro salió otra persona; era un hombre embozado hasta los ojos: como todo era desórden en aquella noche, los criados no hicieron caso de él.

Don Pedro tomó el rumbo de la casa de Arellano, y el hombre misterioso tan luego como oyó que se perdía el eco de sus pasos á lo lejos, atravesó la calle y se entró en la casa de Doña Catalina.

El embozado pasó sin que el portero le dijese nada; tales cosas acontecian aquella noche, que los criados no sabian qué hacer.

Subió la escalera; la casa estaba sola, y Doña Catalina permanecía en su sitial como la habia dejado Don Alonso.

Al ruido de los pasos alzó el rostro creyendo encontrar á Don Alonso; pero vió delante de sí un hombre en la fuerza de la edad viril, elegante y buen mozo.

—Señora—dijo el hombre—perdonad si me atrevo á

presentarme á vos sin ser anunciado; pero vuestra casa está sola, enteramente sola.

—¿Quién sois? ¿qué quereis? ¿á quién buskais?—preguntó con cierto espanto Doña Catalina.

—¿Quién soy, señora? Ya lo sabreis mas adelante, que no me es posible decíroslo en este momento: ¿qué quiero y á qué vengo? No quiero nada, y vengo solo á deciros que os salvéis, y ofreceros mi brazo y mi amparo.

—¿Que me salve? ¿y de qué? ¿qué peligro me amenaza?

—Grande, señora; sabeis que vuestra madre ha sido presa, y esto puede traer grandes riesgos.

—Pero mi madre es inocente; esto debe ser una equivocacion y yo nada tengo que temer.

El hombre miró fijamente á Catalina, y habia en aquella mirada tanta penetracion, que ella bajó los ojos y se puso encendida.

—Y bien, ¿qué pretendéis?—dijo Catalina.

—Señora, hablemos claro—dijo el hombre;—comienzo por deciros, y perdonad la franqueza que las circunstancias disculpan, que yo os conozco mejor de lo que podeis suponer.

—¡Caballero, no comprendo! ¿quién os autoriza.....

—Señora, el deseo de haceros un servicio es lo que me autoriza, y muy pronto os convenceré de cómo teneis que agradecerme: en cuanto á que no me comprendéis, voy á explicarme, y de prisa, porque el tiempo urge.

—Hablad—dijo Catalina fascinada por la imperturbable calma de aquel hombre.

—Pues señora, no soy yo el único que sabe que ni sois marquesa, ni venís de Filipinas, ni vuestro nombre es Estela, ni sois viuda, ni nada de eso que hicisteis creer á Don Pedro de Mejía.

—¡Caballero!—exclamó Catalina levantándose.

—Sentaos, señora, y escuchadme, porque el tiempo vuela; hay otros que como yo, saben que os llamas Doña Catalina de Armijo, como vuestra madre, que habeis engañado á Mejía, y que merced á este engaño, se ha unido hoy con vos.

Catalina sin replicar inclinó el rostro avergonzada.

—Hay, señora—continuó el hombre—intereses opuestos á los vuestros; los parientes de Mejía, los que creían heredarlo si permanecía viudo, no pueden ver con serenidad una boda que les arrebatara sus esperanzas: he aquí vuestros enemigos, hé aquí los que seguramente han preparado las escenas de esta noche; pero la ceremonia estaba terminada, y á pesar de la aparición de esa negra, vos sois esposa de Don Pedro, y por consiguiente un obstáculo que es preciso quitar de en medio: la prision de vuestra madre os deja aislada en el mundo y expuesta á las acechanzas de esos enemigos; quizá en este momento revelen á Don Pedro todo el secreto de vuestra vida; quizá en este momento pidan una orden para prenderos ú os denuncian en la Inquisicion.

—¡Dios mio!—exclamó Catalina, que comenzaba á perder su valor y su serenidad.

—Sí, señora; solo Dios sabe lo que en estos momentos se trama contra vos, lo que os amenaza.

—¿Pero qué debo hacer, caballero? Soy sola, sola en el mundo; vos que conoceis el peligro, decidme el modo de conjurarlo.

—A eso he venido, á ofrecer os mi apoyo y mi proteccion.

—Pero si no os conozco, si ignoro hasta vuestro nombre, si quereis permanecer incógnito á mis ojos, ¿podré fiarme de vos?

—Fiaos, señora, fiaos, y yo os salvaré.

—¿Y sin conoceros, y sin saber quién sois?

—Señora, el hombre que se ahoga no ve quién le tiene el remo salvador.

—Caballero.....disponed.....fio en vos.

—No os pesará, señora; que no tengo contra vos, os lo juro, la menor intencion dañada, y sí el deseo de haceros bien.

—Gracias.....

—En primer lugar, es preciso que ahora mismo os dispongais á seguirme.

—¿Pero adónde?

—A una casa en donde estareis con toda seguridad y oculta por algun tiempo de vuestros enemigos.....

—¿Pero huir así, como un criminal?.....

—Si vuestro corazon os aconseja que os fieis de mí, seguidme, señora, ó tal vez dentro de un momento estén aquí vuestros ocultos enemigos con una orden de prision.

—Pero ¿y mi madre? Si llega á salir.....

—¡Ojalá y saliera en libertad! pero no lo espereis, y en todo caso, yo velaré sobre ella.

Catalina sin poder resolverse, inclinó la cabeza como para reflexionar.

—Señora, dejad ese trage blanco; tomad un manto y seguidme, no os arrepentireis.

Catalina se levantó violentamente, y encendiendo otra bujía se entró á su cámara.

Poco despues salió envuelta en un manto negro y vestida de luto; bajo los pliegues de aquel manto podia adivinarse que la jóven llevaba una caja pesada.

—Estoy pronta.

—Vamos, apagad esas luces y cerrad; nos llevaremos las llaves, y poco á poco y con misterio, haré conducir á vuestra nueva habitacion cuanto hay aquí.

—¿Pero con qué nombre debo conoceros?

—Decidme simplemente Lázaro el pobre.

—Extraño nombre!

—Es, señora, una promesa religiosa.

Y cerrando todas las puertas, salieron los dos á la calle, procurando cubrirse perfectamente los rostros.

VIII.

Donde se da razon de Don Leonel y de su padre.

NECESARIAMENTE los descubrimientos hechos por el virey y el visitador, merced á la activa policia de Don Baltasar de Salmeron, en nada dulcificaron la suerte de Don Leonel y de su padre.

Encerrados en un cuarto de la cárcel, veian pasar los dias, Don Nuño renegando y desesperado, y melancólico y resignado Don Léonel.

El hijo suponía la causa de su prision, pero ni él ni su padre comprendian la detencion de este, y por eso es que Don Nuño estaba cada vez mas impaciente.

Solo uno de los carceleros se habia dolido de su situacion y les daba de cuando en cuando algunas noticias que podia adquirir, por supuesto vagas, incoherentes, que sumian mas en dudas y en conjeturas á los dos presos, á quienes no se habia tomado ni una declaracion.

Un dia Pablo, que así se llamaba, entró mas temprano que de costumbre y dijo á Leonel:

—Señor, he averiguado hoy muchas cosas de su señoría, en la Audiencia.

—Dime, dime.

—Pues fui custodiando unos reos para que dieran una declaracion, y ví á dos caballeros que conversaban y mentaban á su señoría.

—Y bien.

—Que segun su decir, sus personas están presas porque se querian levantar con el reino.

Don Nuño se habia acercado y escuchaba con atencion.

—Y que además habia otros que les ayudaban, y entre ellos una dama, que dicen que tiene una hija muy bella, y que es viuda la madre, y solo vivia con su hija muy retiradas.

Leonel palideció; pensaba en Doña Juana de Carbajal y en Esperanza.

—Pues—continuó el hombre—la dama ha sido presa.

—¿Presa?—exclamó Leonel.

—Presa, y ha declarado que es de la descendencia del rey Guatimoc, y tiene una señal roja en la espalda, y dijo que su hija la tiene tambien, y que no quiso decir quién era el padre de esa muchacha; fueron á buscarla, y ya habia desaparecido.

—¡Ave María Purísima!—exclamó Don Nuño.

—¡Perdida!—dijo espantado Leonel.

—¿Es acaso parienta de sus señorías?—preguntó Pablo.

—No—contestó Don Leonel.

El carcelero se retiró, y Don Nuño y su hijo permanecieron silenciosos un largo rato: por fin Leonel rompió el silencio.

—Padre mio—dijo—esa mujer que está presa no puede ser otra que Doña Juana de Carbajal, mi tia, y Esperanza la jóven que ha desaparecido.

—Leonel—contestó Don Nuño—¿amas tú á tu prima Doña Esperanza?

—Señor.....

—Contéstame, hijo mio, y no temas, porque este es para nosotros un momento mas solemne de lo que te parece.

—Señor, la amo hace muchos años, la amo mas que á mi vida misma.

—¿Y ella te ama?—preguntó conmovido Don Nuño.

—He sido para ella el primero y único amor.

—Desgraciados....desgraciados—exclamó Don Nuño cubriéndose el rostro con las manos.

—Me espantais, padre mio. ¿Qué hay? ¿qué sucede? ¿por qué nos llamis desgraciados?

—Leonel, ¿sabes quién es el padre de Doña Esperanza? ¿conoces la historia de Doña Juana?

—No, padre mio: la víspera de que nos aprehendieran, Doña Juana me dió un libro en el que constaba la historia de su familia, pero no pude leer sino el principio, y por eso conozco que la mancha roja de la espalda es la señal de esa familia.

—Pues óyeme, Leonel, óyeme, y no me preguntes mas que lo que yo quiera contarte: Doña Esperanza debe tener cosa de veinte años, ¿es verdad?

—Sí señor.

—No te ha dicho nunca qui'n fué su padre?

—No señor.

—¿Doña Juana es sola en el mundo?

—Sí señor.

—¿La hija y la madre tienen en su espalda una mancha roja?

—En figura de llama.

—Pues bien hijo mio, olvida á esa jóven, no pienses mas en ella porque su amor es un crimen, porque Esperanza no puede ser tu esposa nunca.